

NOVA ET VETERA
EL PONTIFICADO DE JUAN PABLO II

POR

MIGUEL PORADOWSKI

EL PORQUÉ DE UN PAPA POLACO

La elección de un Papa polaco se presenta como muy oportuna ocasión para una reflexión teológico-tomista sobre la actual situación de la Iglesia, pues no es una casualidad que los señores cardenales se decidieran a romper una larga tradición de más de cuatro siglos y medio, según la cual los obispos de Roma eran italianos, y colocaran en el trono de San Pedro a un extranjero y, por añadidura, a un cardenal de un país donde la fe sufre la más cruel persecución.

Dejando de lado el aspecto sobrenatural del problema, es decir, la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia y Su intervención en las elecciones de los Papas, y limitándonos sólo a las especulaciones en el plano puramente humano, todos nos preguntamos: ¿cuáles podrían ser los motivos de los señores cardenales, reunidos en Cónclave, para tomar esta decisión?

Se puede suponer que, entre los muchos motivos probables, dos han tenido una especial influencia: la actual crisis de la Iglesia y la delicada situación política mundial.

Es sabido que en todos los países del mundo, salvo en Polonia, la Iglesia posconciliar se encuentra en una crisis sin precedentes. Mientras que en todos los países presenciamos un espantoso proceso de autodemolición de la Iglesia (como llamó a este doloroso fenómeno el Papa Pablo VI), en Polonia la Iglesia florece como nunca. No es, pues, extraño que los cardenales, preocupados por el porvenir de la Iglesia, decidieran escoger, esta vez, a un cardenal polaco, como

homenaje no solamente al floreciente catolicismo de Polonia, sino también como homenaje a un hombre que —perteneciendo a esta pequeña, floreciente y vigorosa parte del Cuerpo Místico de Cristo, y siendo uno de los artífices de esta renovación de la fe en su país— puede extender ese florecimiento a toda la Iglesia, pues conoce de sobra el misterio de esta milagrosa renovación.

El otro motivo —la actual situación política mundial— parece tener también una influencia importante. Desde hace bastante tiempo, en Italia se vive en un ambiente de angustia y temor, debido al crecimiento de las fuerzas del Partido Comunista, el cual no disimula sus ambiciones de llegar al poder y de imponer un régimen totalitario marxista disfrazado con el nombre de eurocomunismo. Tampoco se excluye la posibilidad de una intervención armada de la Unión Soviética, sea en Yugoslavia, sea en Italia, sea incluso en otros países europeos. Un cardenal proveniente de un país que desde hace más de treinta y tres años sufre el régimen marxista totalitario, materialista y ateo, impuesto y mantenido sólo por los ejércitos soviéticos y donde se persigue cruelmente la fe cristiana, acostumbrado a toda clase de presiones, ultrajes y dificultades, puede gobernar la Iglesia, en el caso de algún cambio político en Italia, con mayor facilidad, serenidad y prudencia que cualquier otro cardenal sin estas experiencias.

Pero lo que nos interesa mayormente es contestar a la pregunta: ¿a qué se debe el florecimiento de la fe en Polonia? Y también a la otra pregunta: ¿por qué fuera de Polonia esta misma fe pasa actualmente por una crisis sin precedentes? ¿De qué manera el nuevo Papa puede sacar a la Iglesia de su estado de autodemolición y encaminarla hasta la auténtica renovación posconciliar?

Desde luego, hay que descartar por completo la suposición de que el florecimiento de la Iglesia en Polonia se debe a la persecución por parte del marxismo, pues si la persecución fuera la causa de la renovación de la fe, como lo sostienen algunos, una parecida renovación debería tener lugar en otros países donde la Iglesia está perseguida no menos cruelmente que en Polonia, como ocurre en todos los países dominados por el marxismo, y sabemos que no es así. Ni en Hungría,

ni en Checoslovaquia, ni en Yugoslavia, ni en Cuba —sin hablar ya de Rusia o China Continental—, se manifiesta algún renacimiento de la fe cristiana; al contrario, en estos países la Iglesia está casi aniquilada. Entonces, ¿dónde está el secreto del florecimiento de la fe en Polonia?

La contestación es muy simple: en el carácter profundamente "tomista" de la religiosidad polaca posconciliar. Vale la pena comprobarlo, porque, si es así, el remedio contra la crisis religiosa en otros países estaría en la imitación del secreto polaco, es decir, en la vuelta al tomismo.

EL CARÁCTER TOMISTA DE LA RELIGIOSIDAD POLACA Y DEL PAPA JUAN PABLO II

Lo que en un primer momento puede parecer una afirmación gratuita, e incluso atrevida, es una realidad sociológico-teológica muy sencilla y fácilmente demostrable.

El término "tomismo" generalmente lo usamos en dos sentidos: estricto y amplio. En el sentido estricto, el tomismo es el pensamiento filosófico-teológico de Santo Tomás de Aquino, presentado por él y después desarrollado por sus seguidores hasta hoy día. En el sentido amplio entendemos por tomismo una filosofía del realismo metafísico aristotélico-tomista y, basada sobre ella, una teología en la cual se distingue con claridad entre lo sustancial (esencial) y lo accidental en las cosas; como también un método de adaptación de la exposición del dogma de la fe cristiana a la cultura intelectual de cada época, para hacerlo más vívido y más presente en la religiosidad del pueblo de Dios. En este sentido, los Papas llaman en sus encíclicas al tomismo la *philosophia perennis*, pues se trata del pensamiento cristiano elaborado durante toda la historia de la Iglesia, pero al cual la contribución de Santo Tomás es extraordinaria y decisiva.

Veamos, pues, en qué consiste esta presencia del tomismo en la religiosidad polaca posconciliar.

1. El método tomista: *Nova et Vetera*

Durante algún tiempo se publicaba en Suiza una revista tomista bajo un título muy significativo: *Nova et Vetera*. El origen de este título se encuentra en la famosa frase de Cristo, usada en su parábola sobre el Reino de los Cielos. Dice el texto:

“Y les dijo: Así, todo escriba instruido en la doctrina del Reino de los Cielos es como el amo de casa, que de su tesoro saca lo nuevo y lo añejo” (San Mateo 13, 52).

En la traducción latina de *La Vulgata*, que hasta hoy día constituye el texto oficial usado por la Iglesia, estas palabras “lo nuevo y lo añejo” están traducidas por *Nova et Vetera*.

La primera interpretación de esta famosa frase de Cristo, la interpretación de la primera mitad del primer siglo, es decir, de los años inmediatos a la Ascensión, entiende por *Nova* la enseñanza de Cristo, transmitida por la Tradición y poco a poco, parcialmente, expresada en el Nuevo Testamento, mientras que por *Vetera* entiende la Revelación dada por Dios antes de Cristo y transmitida por el Antiguo Testamento. De ahí que la enseñanza de la Iglesia abarca tanto *Nova* como *Vetera*, es decir, la totalidad de la Revelación.

Pero ya al final del siglo I, después de la destrucción de Jerusalén —cuando los cristianos, dispersos por todo el Imperio romano, se encontraron con las nuevas culturas, creencias, ritos y religiones, frente a las cuales se veían obligados a tomar una actitud determinada, se dieron cuenta de que no todo lo pagano es contrario al cristianismo, y que varios elementos de estas culturas, siendo valores naturales, son asimilables—, se impuso la revisión del concepto *Nova et Vetera*. Pues por *Nova*, lo nuevo, se empieza a entender los nuevos métodos de evangelización, las nuevas maneras de enseñar el *Depositum Fidei*, incluso, sirviéndose para este fin de algunos elementos de las nuevas culturas (nuevos idiomas, gestos, ritos, vestimenta, conceptos filosóficos, etc.), para acercar más los dogmas de la fe a estas nuevas razas, pueblos y culturas; mientras que por *Vetera*, lo antiguo, se entiende ahora la totalidad de la Revelación, es decir,

tanto la dada por Dios en los tiempos del Antiguo Testamento como también, y ante todo, la comunicada por Cristo, sea por su enseñanza, sea por su persona, siendo El mismo la plenitud de la Revelación.

Esta segunda interpretación de la orden de Cristo —de seguir sacando siempre del tesoro de la Iglesia juntamente *Nova et Vetera*— está presente en los escritos de los Padres de la Iglesia y sigue, como una costumbre sagrada, durante toda la Edad Media. Santo Tomás de Aquino es quien, con una maestría sin par, adopta esta posición, asimilando de todas las culturas y pensamientos que pudo conocer y, especialmente, de la filosofía aristotélica, lo que, siendo un valor natural perenne, podría ser asumida por el cristianismo para exponer con mayor claridad e integridad el *Depositum Fidei*; así presenta *Nova* pleno de *Vetera*, toda la Revelación y toda la tradición, haciéndolas más evidentes, más conocidas, más profundamente vividas, amadas y practicadas.

Esta es también la posición de todos los Concilios, pues cada Concilio, de una manera nueva, adaptada a su época y a sus tiempos, es decir, *Nova*, presenta a *Vetera*. Mas todavía, al correr de los siglos, madura el principio de que *Nova*, cada nueva manera de enseñar lo antiguo, *Vetera*, debe ser interpretada exclusivamente a la luz de lo antiguo, de la Tradición, de *Vetera*, pues la enseñanza del Magisterio es una sola, permanente e inmutable. En otras palabras: es inadmisibles interpretar *Nova* fuera del contexto de *Vetera*, de ahí el principio de que *Nova* sólo obliga en la medida en que afirma *Vetera*.

Si es así, surge la pregunta: ¿por qué, entonces, en cada época hay que formular *Vetera* de una nueva manera, es decir, siempre seguir elaborando *Nova*?

Parece que hay dos razones: una, natural, y la otra, sobrenatural.

La natural se refiere al carácter de la sociedad humana, la cual, por su naturaleza (1), es dinámica. La sociología nos enseña que la sociedad humana difiere de la de los animales, entre otras cosas por su carácter dinámico. Las sociedades de los animales son estáticas, es decir, siempre las mismas, y si en ellas se notan algunos cam-

(1) En el sentido que le da Aristóteles en *La Política*, cap. II.

bios, éstos vienen por la influencia de factores exteriores, ambientales, ecológicos. No es así con la sociedad humana, pues ella siempre demuestra una dinámica interior, la cual la empuja a perfeccionar sus estructuras y formas de convivencia o a buscar nuevas. La sociedad humana es intrínsecamente dinámica; el cambio es su característica típica. De ahí la necesidad de *Nova*, de maneras de vivir nuevas, más perfectas y más convenientes. La Iglesia, en su parte llamada "peregrina", es decir, la de aquí en la tierra (que se diferencia de su parte principal, la ya presente en el Cielo, y de la otra parte, la todavía sufriente en el Purgatorio), como todas las sociedades humanas, está sujeta a esta dinámica y a esta necesidad de permanente renovación, de cambio, de perfeccionamiento, de buscar unas formas de vida cada vez más perfectas y mejor adaptadas a los tiempos, es decir, a la elaboración de *Nova*.

La otra razón, la sobrenatural, está explicada por el mismo Jesucristo por medio de muchas parábolas, en las cuales la Iglesia, bajo el nombre de "Reino de Dios", es comparada, sea con una pequeña semilla, la cual, una vez sembrada, brota, crece y se desarrolla hasta llegar a ser un grande y frondoso árbol (San Mateo 13, 31-32); sea con la levadura que mezclada con la harina hace fermentar toda la masa, es decir, toda la sociedad (San Mateo 13, 33); sea con el templo, edificado con las piedras vivas que son los bautizados, los que, perfeccionándose a sí mismos, contribuyen al esplendor de todo el edificio (léanse las oraciones de las Misas de Dedicación del Templo). Según estas y otras parábolas, la Iglesia se presenta como una institución sobrenatural llena de dinamismo, pues es viva, crece y se desarrolla, se perfecciona, y en este estado dinámico espera el "último día": la segunda llegada del Señor.

La Iglesia es, por tanto, una realidad social esencialmente dinámica, tanto en el plano natural como en el plano sobrenatural, y, entonces, los cambios en ella son fenómenos normales, necesarios e inevitables.

Pero conviene preguntar: ¿qué es lo que cambia? —¿hasta dónde pueden y deben llegar estos cambios?—, ¿tienen estos cambios algunos límites? Es aquí donde interviene el tomismo, pues solamente

gracias a él podemos tener una visión adecuada de este proceso de cambio en la Iglesia.

El tomismo, distinguiendo con claridad en cada cosa, en cada ser, lo sustancial y lo accidental, nos indica que el proceso de cambio sólo puede manifestarse en lo accidental, pero nunca en lo sustancial. Gracias a la sustancia, las cosas y los entes son lo que son, es decir, guardan su identidad. No se puede admitir el cambio de lo sustancial, pues la cosa o el ente dejaría de existir, transformándose en otra realidad. Lo que puede cambiar son solamente los elementos accidentales.

Sólo los que siguen fieles al tomismo son capaces de adoptar una correcta actitud frente al proceso de cambios dentro de la Iglesia. Quien abandona o rechaza el tomismo se pierde inmediatamente en el enredado problema de los cambios en la Iglesia, pues sin la distinción entre la sustancia y los accidentes, y sin la limitación del proceso de cambio sólo y exclusivamente a lo accidental, se corre el peligro de extender, incluso sin darse cuenta, el proceso de cambio a lo sustancial (esencial) y entrar al proceso de cambio de la misma religión cristiana, es decir, al proceso de la autodemolición de la Iglesia.

Veamos ahora concretamente *el caso del último Concilio*.

El Concilio Vaticano II es fiel a la enseñanza de Cristo de guardar *Nova et Vetera*, pues presenta sus reformas (*Nova*) de acuerdo con la Tradición (*Vetera*) y lo hace con absoluta fidelidad.

Analicemos algunos ejemplos ilustrativos.

1.2 *El caso de la Santa Misa*

En la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, capítulo II, párrafo 47, se dice:

“Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó *el sacrificio eucarístico* de su Cuerpo y Sangre, con el cual *iba a perpetuar* por los siglos, hasta su vuelta, *el sacrificio de la Cruz* y a confiar así a su Esposa, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pas-

cual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera" (2).

De esta manera, el Concilio Vaticano II hace suya la tradicional enseñanza de la Iglesia respecto a lo que es esencialmente la Santa Misa: el sacrificio incruento que perpetúa la Última Cena y el sacrificio cruento de la Cruz. Al mismo tiempo, el Concilio Vaticano II quiere adaptar los ritos y toda la liturgia de la Santa Misa (lo accidental) a las necesidades de nuestros tiempos, pero también en estas reformas recomienda respetar la Tradición, pues dice en el párrafo 49:

"Por consiguiente, para que el sacrificio de la Misa, aun por la forma de los ritos, alcance plena eficacia pastoral, el sacrosanto Concilio, teniendo en cuenta las Misas que se celebran con asistencia del pueblo, especialmente los domingos y fiestas de precepto, decreta lo siguiente (párr. 50): «Revítese el ordinario de la Misa, de modo que se manifieste con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión y se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles.

»En consecuencia, simplifíquense los ritos, *conservando con cuidado la sustancia*; suprimáanse aquellas cosas menos útiles que con el correr del tiempo se han duplicado o añadido; restablézcanse, en cambio, de acuerdo con la primitiva norma de los Santos Padres, algunas cosas que han desaparecido a causa del tiempo, según se estime conveniente o necesario.»"

En el párrafo 55 se insiste en mantener "los principios dogmáticos declarados por el Concilio de Trento", en relación con la Santa Misa.

En el párrafo 36 se dice:

"Se conservará el uso de la lengua latina en los ritos latinos, salvo derecho particular."

(2) Todas las citas vienen según el texto: *Concilio Vaticano II*, BAC, 8.ª edición. Todo lo que va en cursiva es mío.

Y en el párrafo 54 se insiste en la conservación del latín, incluso en las Misas celebradas en el idioma vulgar, pues se dice:

“Procúrese... que los fieles sean capaces también de recitar o cantar juntos en latín las partes del ordinario de la Misa que les corresponde.”

Como vemos, el Concilio Vaticano II, frente a la Santa Misa, guarda absoluta fidelidad al principio *Nova et Vetera*, y en su *Nova* se encuentra intrínsecamente todo *Vetera*.

2.º El caso del sacerdocio ministerial

Respecto al sacerdocio ministerial, en el Decreto *Presbyterorum ordinis*, en el párrafo 2, se dice:

“... el mismo Señor, con el fin de que los fieles formaran un solo cuerpo, en el que *no todos los miembros desempeñan la misma función* (Rom 12, 4), de entre los mismos fieles instituyó a algunos por ministros, que en la sociedad de los creyentes poseyeran la sagrada potestad del orden para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados, y desempeñarán públicamente el oficio sacerdotal por los hombres en nombre de Cristo.”

Y más adelante se dice en el mismo párrafo:

“El ministerio de los presbíteros, por estar unido con el Orden episcopal, participa de la autoridad con que Cristo mismo edifica, santifica y gobierna su Cuerpo. Por eso, el sacerdocio de los presbíteros supone, desde luego, los sacramentos de la iniciación cristiana; sin embargo, se confiere por aquel especial sacramento con el que los presbíteros, por la unción del Espíritu Santo, quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo-cabeza.”

Salta a la vista que la posición del Concilio Vaticano II respecto al sacerdocio ministerial es la misma que la Iglesia tiene durante

toda su historia: el sacerdote católico, por la ordenación recibida, está, para siempre, entroncado en el único sacerdocio, el del Sumo Sacerdote Jesucristo.

3.º El caso del matrimonio cristiano

Respecto al matrimonio cristiano, el Concilio Vaticano II prácticamente sólo repite la tradicional enseñanza de la Iglesia, es decir, en su *Nova* incluye la inmutable *Vetera*. Refiriéndose al respecto en varios documentos y en distintas ocasiones, insiste en que el matrimonio cristiano siempre tiene carácter de sacramento. El Decreto *Apostolicam actuositatem*, en el párrafo 11, dice:

“El Creador del mundo estableció la sociedad conyugal como origen y fundamento de la sociedad humana. Con su gracia la convirtió en sacramento grande en Cristo y en la Iglesia” (cfr. Eph., 5, 32).

Lo afirma en la Constitución *Lumen gentium*, en el párrafo 11, diciendo:

“... los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que significan y participan el misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y la Iglesia” (confrontar Eph., 5, 32).

Vuelve a afirmar lo mismo en la Constitución *Gaudium et Spes*, en el párrafo 48, diciendo:

“Fundada por el Creador y en posesión de sus propias leyes, la íntima comunidad conyugal de vida y amor se establece sobre la alianza de los cónyuges, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable. Así, del acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la ley divina. Este vínculo sagrado, en atención al bien, tanto de los esposos y de la prole como de la sociedad, no depende de la decisión humana. Pues el mismo Dios es el autor del matrimonio...”

Esta íntima unión, como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen plena fidelidad conyugal y urgen su indisoluble unidad.”

Respecto a la finalidad del matrimonio, el Concilio explica ampliamente la tradicional enseñanza de la Iglesia, sintetizada en el Código de Derecho canónico, pues dice lo siguiente (párrafo 50):

“El matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole.”

Y más adelante se dice en el mismo párrafo:

“En el deber de transmitir la vida humana y de educarla, lo cual hay que considerar como su propia misión, los cónyuges saben que son cooperadores del amor de Dios Creador y como sus intérpretes. Por eso, con responsabilidad humana y cristiana, cumplirán su misión, y con dócil reverencia hacia Dios. ... en su modo de obrar, los esposos cristianos sean conscientes de que no pueden proceder a su antojo, sino que siempre deben regirse por la conciencia, la cual ha de ajustarse a la ley divina misma, dóciles al Magisterio de la Iglesia, que interpreta auténticamente esa ley a la luz del Evangelio. ... así, los esposos cristianos, confiados en la divina Providencia y cultivando el espíritu de sacrificio, glorifican al Creador y tienden a la perfección en Cristo cuando con generosa, humana y cristiana responsabilidad cumplen su misión procreadora. Entre los cónyuges que cumplen de este modo la misión que Dios les ha confiado son dignos de mención muy especial los que de común acuerdo, bien ponderado, aceptan con magnanimidad una prole más numerosa para educarla dignamente.”

Estas citas bastan para constatar que, en lo esencial, el concepto del matrimonio cristiano del Concilio Vaticano II es idéntico con el concepto tradicional de la Iglesia, especialmente con lo expresado en el Código de Derecho canónico y en la encíclica *Casti connubii* del Papa Pío XI, frecuentemente citada por los textos conciliares.

4.º El caso del tomismo

El Concilio Vaticano II, frecuentemente, se refiere al pensamiento tomista como base filosófico-teológica de la formación del clero. Nos limitamos aquí a citar sólo algunos de estos textos.

En el Decreto *Optatam totius*, hablando de la formación de los futuros sacerdotes, se dice:

“Enséñense las disciplinas filosóficas de forma que los alumnos lleguen, por encima de todo, a un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios, apoyados en el patrimonio filosófico de perenne validez” (párr. 15).

Y se cita al respecto la opinión del Papa Pío XII, expresada en la encíclica *Humani generis*. Es sabido que, en los textos del Magisterio, la expresión “el patrimonio filosófico de perenne validez” se refiere a la escolástica, y especialmente al tomismo, como su parte más luminosa.

En otra parte, en el mismo Decreto se insiste:

“... para ilustrar de la forma más completa posible los misterios de la salvación, aprendan los alumnos a profundizar en ellos y a descubrir su conexión por medio de la especulación, bajo el magisterio de Santo Tomás.”

Y de nuevo se cita, en la nota, el largo texto del Papa Pío XII y el otro del Papa Paulo VI. Este último dice:

“... escuchen con reverencia la voz de los doctores de la Iglesia, entre los que destaca Santo Tomás de Aquino, pues es tanta la penetración del ingenio del Doctor Angélico, tanto su amor sincero de la verdad, y tanta la sabiduría en la investigación, explicación y reducción a la unidad de las verdades más profundas, que su doctrina es un instrumento efícamo no sólo para salvaguardar los fundamentos de la fe, sino también para lograr útil y seguramente los frutos de un sano progreso.”

Se podrían multiplicar los ejemplos, pero nos parece que estos

cuatro son suficientes para comprobar nuestra tesis sobre el acatamiento por el Concilio Vaticano II del principio *Nova et Vetera*.

Ahora veamos qué pasa en la Iglesia con el principio *Nova et Vetera* en el período posconciliar.

Parece que al respecto, en todos los países, se perfilan simultáneamente cuatro actitudes distintas, a saber: 1) el pleno acatamiento del principio *Nova et Vetera*, es decir, tanto de la enseñanza del Concilio como también de la Tradición; 2) sólo *Nova*, es decir, exclusivamente la enseñanza del Concilio, haciendo caso omiso de *Vetera*, de la Tradición; 3) ni *Nova* ni *Vetera* —no se respeta ni al Concilio ni a la Tradición—; 4) sólo *Vetera* —al principio se acepta el Concilio, pero no sus reformas, considerándolas como distorsión de *Nova* e infidelidad a *Vetera*, de ahí el apegamiento sólo a *Vetera*, a la Tradición.

Casi en todos los países aparecen estas cuatro actitudes simultáneamente, pero, por lo general, sólo una de ellas se hace característica, típica, y las otras son marginales, insignificantes y excepcionales.

En Polonia se impone completamente la primera actitud, la del Concilio: el pleno respeto del principio *Nova et Vetera*; fuera de Polonia, en la mayoría de los países, una parte del clero y de los fieles se declara fiel al principio *Nova et Vetera*, pero, siendo esta actitud minoritaria, no tiene suficiente influencia y pronto es ahogada por la segunda actitud, la que sólo acepta *Nova*, y la cual rápidamente degenera en la tercera actitud: ni *Nova* ni *Vetera*, lo que provoca la reacción en forma de la aparición de la cuarta actitud: sólo *Vetera*.

Analicemos estas cuatro actitudes.

Primera actitud: "Nova et Vetera"

Como dominante y hasta única, esta actitud se impone sólo en Polonia.

Conviene recordar que el Episcopado de Polonia tomó parte en el Concilio Vaticano II con un especial entusiasmo y con una profunda esperanza que él adaptara a la Iglesia a los nuevos tiempos,

preparándola para enfrentar el despiadado ataque del ateísmo y del materialismo moderno, especialmente en su presentación marxista. El Episcopado de Polonia tuvo confianza en que el Concilio hiciera lucir y presentar de una manera más profunda y más atrayente el *Depositum Fidei*, los dogmas y la Tradición, para que "el pueblo de Dios" pueda vivirlos mejor y más de acuerdo con nuestros tiempos. Para el Episcopado de Polonia, las reformas posconciliares se presentaban como una excelente oportunidad de actualizar la Tradición, en el sentido en que de ella habla la citada parábola de Cristo: del tesoro de la Iglesia sacar *Vetera* a la luz del día; mostrar la Tradición a todos para que la conozcan mejor, la aprecien debidamente, se entusiasmen con ella y la vivan más profundamente. En eso consistía el valor de *Nova*, de las reformas posconciliares: hacer lucir *Vetera*. De ahí que en Polonia todas las reformas posconciliares (*Nova*) se hacen a la luz de la Tradición (*Vetera*); no hay por ellas rompimiento con el pasado (como ha ocurrido en otros países), sino al contrario, gracias a ellas se da el mayor brillo al pasado, a la Tradición.

Eso es especialmente evidente en los cuatro casos que hemos visto: la Santa Misa, el sacerdocio ministerial, el matrimonio cristiano y el tomismo.

Por la reforma litúrgica, tal como se la realizó en Polonia, el carácter del sacrificio de la Santa Misa se destacó como nunca, pues la aplicación del idioma vulgar ha permitido al pueblo polaco captar mejor la profundidad del misterio pascual perpetuado en la Santa Misa y, por consiguiente, vivirlo mejor. La seriedad de la celebración se acentuó todavía más. Los nuevos textos, introducidos por la reforma litúrgica, son respetados minuciosamente. La Santa Misa y el Santísimo Sacramento siguen centros del culto y de la vida espiritual. El canto gregoriano, tanto en latín como en polaco, se difundió todavía más. En Polonia nunca se han oído al respecto las frivolidades tan frecuentes en otros países.

Lo mismo se puede decir respecto al sacerdocio ministerial. Siempre profunda y plenamente respetado, gracias a las reformas posconciliares, se ha hecho todavía más conocido y deseado por los jóvenes, atraídos por la belleza de su nueva presentación como participación

en el mismo sacerdocio de Cristo. La seriedad de los programas educacionales y de formación en los seminarios, que nunca rompieron con lo tradicional y que nunca, en ningún momento, se permitieron la frivolidad y la irresponsabilidad de hacer "experimentaciones" con un asunto de tanta gravedad, es una de las causas del extraordinario aumento de las vocaciones sacerdotales y del consecuente crecimiento de las ordenaciones sacerdotales. Mientras que en otros países, donde no se respeta el principio *Nova et Vetera*, el clero disminuye, en Polonia crece, hasta el punto que su cantidad llegó a ser casi el doble a la de los tiempos de antes de la guerra, lo que permite que un gran porcentaje de él pueda dedicarse a las misiones en otros países.

Parecida es también en Polonia la situación del matrimonio cristiano, gracias al pleno acatamiento del principio *Nova et Vetera*, pues también en esta materia la enseñanza del Concilio está interpretada a la luz de la Tradición.

Y si se trata del cuarto punto del tomismo, éste está presente y latente en la religiosidad polaca no sólo en la educación y formación del clero, sino también en todas las reformas posconciliares, tanto por su principio *Nova et Vetera* como por tener siempre presente en él la distinción tomista entre la sustancia y los accidentes y, en consecuencia, por admitir el cambio sólo en lo accidental, guardando intacto lo sustancial, actualizando de esta manera la vida religiosa sin perjuicio del dogma. Al contrario, el dogma luce mejor, se hace más presente, más evidente, más palpable, gracias a las reformas de lo accidental. La fidelidad de todos en Polonia al principio *Nova et Vetera* es la principal causa del extraordinario florecimiento de la fe en este país en la época posconciliar.

Desgraciadamente, fuera de Polonia, en otros países, el acatamiento del principio *Nova et Vetera* es solamente parcial; sea en el sentido de que no se le aplica a todos los problemas, sea en el sentido de que está respetado sólo en algunas diócesis. En Italia y en España esta actitud es asumida por la mayoría, pero está aplastada por una minoría, más audaz y más activa, que ha dominado los medios de comunicación social y las comisiones de reformas. Algo parecido ocurre en algunos países latinoamericanos, como Colombia o Argen-

tina, donde también los que respetan el principio *Nova et Vetera* están en mayoría, pero sin lograr hacer esta posición característica de todo el país. Mientras que en otros países se impusieron las actitudes: "sólo *Nova*", o "ni *Nova* ni *Vetera*", o "sólo *Vetera*".

Segunda actitud: Sólo "Nova"

Es una actitud con apariencia de ser correcta, pero, en realidad, es absolutamente inaceptable.

Sólo tiene apariencias de ser correcta, pues declara el respeto al Concilio; se invoca la autoridad de las reformas conciliares, siendo ellas oficialmente aprobadas y decretadas por el Papa. Sin embargo, en el fondo, es una actitud incorrecta, pues rompe con la continuidad de la enseñanza de la Iglesia y su Magisterio. Además, sus partidarios, consciente o inconscientemente, comparten la posición del marxismo respecto a lo que éste llama "la verdad histórica". Para el marxismo no existe la verdad objetiva, abstracta, ahistórica, es decir, no vinculada con el momento histórico dado, sino exclusivamente la verdad del momento histórico: lo que resulta ser acertado por ser efectivo, triunfante en un momento dado, lo que se impuso como verdad, lo que hoy día está reconocido como verdad, pero que mañana puede ser rechazado e incluso clasificado como mentira. La actitud "sólo *Nova*", sólo el Concilio, es típicamente marxista, como elogio de lo propio del momento histórico, pero que mañana puede ser tan abandonado como ahora lo es todo lo preconiliar.

"Sólo *Nova*" es una actitud marxistoiide, más aún cuando las reformas conciliares se hacen sin tomar en cuenta la Tradición (*Vetera*) o, incluso, contra la Tradición. Siendo esta actitud asumida por los que conscientemente abandonaron el tomismo y su distinción entre la substancia y los accidentes, el proceso de cambio posconiliar con facilidad se extiende a lo sustancial, entrando así en el proceso de la autodemolición de la Iglesia.

En realidad, los partidarios de la actitud "sólo *Nova*" no son capaces de mantenerse en ella, y tarde o temprano pasan a la actitud "ni *Nova* ni *Vetera*, pues no es posible acatar seriamente lo reco-

mendado por el Concilio sin respetar *Vetera*. Los hechos lo confirman. En la práctica, la actitud "sólo *Nova*" resulta ser un disfraz, un cómodo pretexto para asumir en realidad la actitud "ni *Nova* ni *Vetera*".

Tercera actitud: Ni "Nova" ni "Vetera"

Es la actitud que viene como consecuencia lógica del abandono de la actitud *Nova et Vetera*. Cada vez que se hace caso omiso del principio *Nova et Vetera*, prácticamente se toma la actitud "ni *Nova* ni *Vetera*". Por mucho que se declare la fidelidad al Concilio, a *Nova*, en realidad se está asumiendo la actitud "ni *Nova* ni *Vetera*", lo que significa en la práctica hacer "lo que se le antoje a uno". Es la actitud que prácticamente se impuso en todos los países fuera de Polonia.

La situación en Francia es, tal vez, la más ilustrativa, pues ahí la autodestrucción de la Iglesia se hace con el más grande fervor y entusiasmo. Hay publicados muchos estudios al respecto (3). Sólo el libro de André Mignot-Michel de Saint-Pierre *Les fumées de Satan* (4) analiza 4.000 casos ilustrativos. Recordemos algunos casos.

El caso de la Santa Misa. En primer lugar se nota el completo abandono de la enseñanza del Concilio sobre la Santa Misa como perpetuación del Sacrificio de la Cruz (*Sacrosanctum Concilium*, II, 47). También el abandono del dogma de la transustanciación, con tanta claridad defendido por el Concilio (... *in quo naturae elementa... in Corpus et Sanguinem gloriosum convertuntur*, G. et S., 40), lo que es lógico, pues una vez olvidado o rechazado el tomismo con

(3) Louis Bouyer: *Religieux et clercs contre Dieu*, Ed. Aubier, Montaigne, 1975; Dietrich von Hildebrand: *La vigne ravagée*, Ed. Cedre, 1974; Louis Bouyer: *La décomposition du catholicisme*, Aubier Montaigne, 1968; R. L. Bruckberger: *Toute l'Eglise en clameurs*, Flammarion, 1977; Maurice Clavel: *Dieu est Dieu*, Grasset, 1976.

(4) Véase André Mignot-Michel de Saint-Pierre: *Les fumées de Satan*, Table Ronde, Paris, 1976, págs. 65-81.

su distinción entre lo sustancial y lo accidental, es difícil hablar de la "transustanciación" sin el concepto de "sustancia".

En Francia, la Santa Misa casi desapareció y ni siquiera quedó su nombre, el cual está reemplazado por el confuso *le partage*: "*le partage de la parole et le passage du pain*". Por *la parole* ya no se entiende ni "la palabra de Dios", es decir, las Escrituras Santas, ni "La Palabra de Dios", es decir, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, sino sencillamente "la palabrita" del señor cura o cualquier otra persona. También *le pain* ya no es el "pan eucarístico" en el cual se venera la presencia real de Cristo, sino el pan corriente como símbolo de unidad y fraternidad, lo que con frecuencia aclaran muchos de estos sacerdotes (5). En muchos ambientes, la Santa Misa desapareció, y en su lugar hay sólo blasfemas y sacrílegas payasadas (6). Desaparecen en Francia incluso las palabras "templo", "iglesia", "capilla", pues la desacralización es tan completa que en lugar de ellas sólo se usa oficialmente el término *les structures d'accueil*. Con frecuencia se ve a los sacerdotes que dicen la Santa Misa (?) sin vestimentas litúrgicas y sin textos litúrgicos, improvisando todo. Es evidente que eso no es ni *Nova* ni *Vetera*.

El caso del sacerdocio ministerial no es menos doloroso. Hemos visto que el Concilio sigue la enseñanza tradicional de la Iglesia en esta materia. Sin embargo, hay obispos que —como Mons. Riobé, obispo de Orléans— salen con los proyectos de ordenar a los sacerdotes por algunos años (7), como también ordenar a las mujeres. Es un evidente ejemplo de la actitud "ni *Nova* ni *Vetera*".

El caso del matrimonio cristiano es uno de los más escandalosos desde el tiempo de la introducción, después del Concilio, de la famosa "paraliturgia" y, a base de ella, de la inmoral costumbre de bendecir solemnemente en los templos las uniones extramatrimoniales (de los divorciados, de los concubinarios, de los polígamos, etc.); de esta manera cada día se confunde más a la gente, restando todo respeto al sacramento del matrimonio, lo que se agrava todavía más

(5) *Ibid.*, págs. 65-81.

(6) *Ibid.*, págs. 83-135.

(7) Véase: *Introibo*, núm. 22, octubre 1978.

por la costumbre de bendecir solemnemente los "matrimonios de prueba", es decir, las uniones provisorias entre los novios.

Cuando un sacerdote sale con declaraciones públicas en la prensa recomendando a los cristianos contraer solamente el matrimonio civil y se pronuncia en favor de la ley de divorcio (8), toma una actitud, frente al matrimonio cristiano, que es evidentemente "ni *Nova* ni *Vetera*", pues al respecto hace caso omiso tanto de la enseñanza tradicional de la Iglesia (*Vetera*) como también de la del Concilio (*Nova*).

El caso del tomismo es también al respecto muy ilustrativo. Hemos visto que el Concilio insiste en la fidelidad a la *philosophia perennis*. Hoy día, fuera de Polonia, son muy pocos los seminarios, facultades o institutos de Teología donde todavía se respeta al tomismo. Más bien ocurre lo contrario: se le combate, ridiculiza y desprecia, y, en su lugar, se cultiva y enseña otras filosofías, especialmente el kantismo, el hegelianismo, el existencialismo y el marxismo. Eso ocurre incluso en la Pontificia Comisión Internacional Teológica, lo que denunciaban oportunamente los cardenales A. Rossi (*L'Osservatore Romano*, 1974) y Ratzinger (*Die Einheit des Glaubens und der theologische Pluralismus*) y, recientemente, el padre De Lubac (*L'Osservatore Romano*, edición semanal francesa de 20 de junio de 1978). A base de estas críticas, se puede decir que la mencionada Comisión, frecuentemente, toma la actitud "ni *Nova* ni *Vetera*".

Lo mismo se puede decir respecto a muchas de las actuales "teologías", como es el caso de la "Teología de la Liberación", de la "Teología de la Revolución", de la "Teología de la Política", de la "Teología de la Violencia", pues todas ellas son "ni *Nova* ni *Vetera*". En el otro grupo de las teologías de moda, como la "Teología de la Esperanza" o la "Teología del Mundo", también hay corrientes que son "ni *Nova* ni *Vetera*", como asimismo algunas obras de Karl Rahner y de Hans Küng.

(8) Véase: «Revista del Domingo», 1-X-1978, pág. 11; agregada al diario *El Mercurio*, de la misma fecha (Santiago de Chile).

Cuarta actitud: Sólo "Vetera"

Sólo sobre este fondo se entiende la aparición de la cuarta actitud: "sólo *Vetera*", como respuesta a la catastrófica situación de la Iglesia posconciliar.

Si la actitud primera (*Nova et Vetera*) fuera mayoritaria y típica en toda la Iglesia y no solamente en Polonia, es poco probable que pudiera aparecer la actitud "sólo *Vetera*", pues seguramente sus partidarios estarían completamente satisfechos con los resultados de la actitud primera y en las filas de ella lucharían por el florecimiento de la fe, lo que confirma plenamente el caso de Polonia, donde no existe esta cuarta actitud de "sólo *Vetera*". Pero el casi completo abandono de esta única actitud correcta, incluso a veces por algunas de las Comisiones Pontificias y la absurda y escandalosa tolerancia de las actitudes corruptoras, como lo son "sólo *Nova*" y, sobre todo, "ni *Nova* ni *Vetera*", tenía que provocar reacción, y como, en el ambiente donde domina la actitud "ni *Nova* ni *Vetera*", fue imposible e inútil reclamar el acatamiento de las disposiciones conciliares —pues es precisamente bajo el pretexto del cumplimiento de ellas como se desarrolla el proceso de autodemolición de la Iglesia—, esta reacción tenía lógicamente una sola salida: apearse únicamente a la Tradición, a *Vetera*, pues sólo en lo preconiliar encontraba los intactos tesoros de la fe.

Si la actitud asumida por el Episcopado de Polonia de respetar *Nova et Vetera* y de limitar el proceso de cambio exclusivamente a lo accidental fuera pronto extendida por el nuevo Papa a toda la Iglesia —lo que impacientemente esperamos—, la actitud "sólo *Vetera*" desaparecerá inmediatamente. Una vez, pues, parado el proceso de autodemolición de la Iglesia, la actitud "sólo *Vetera*", siendo solamente reacción contra él, no tiene razón de ser. Pero mientras este proceso destructivo siga adelante, la actitud "sólo *Vetera*" se presenta como la única manera de defender la fe y sus tesoros: los dogmas.

Sólo una sincera, completa, seria y responsable vuelta al tomismo —como respeto del principio *Nova et Vetera* y como proceso de

cambio, perfección limitada exclusivamente a lo accidental— puede poner fin a la autodemolición de la Iglesia y a la existencia de distintas actitudes tomadas frente al Concilio.

2. El realismo metafísico tomista

Cuando hablamos del tomismo también nos referimos a lo que se llama el realismo metafísico aristotélico-tomista.

Este realismo —sosteniendo que las cosas y los seres realmente existen, es decir, fuera e independientemente del sujeto cognoscente— básicamente difiere de otros realismos, y especialmente del realismo materialista, el cual se limita sólo a los objetos materiales, negando la existencia objetiva y real a todo lo que no sea material o producto de la materia, mientras que el tomismo extiende el realismo también a los fenómenos y seres espirituales.

Según el realismo metafísico aristotélico-tomista, las cosas y los seres, también los puramente espirituales, existen realmente e independientemente del sujeto cognoscente, teniendo su naturaleza metafísica, es decir, un elemento incambiable, inmutable, gracias al cual las cosas y los seres son lo que son.

Este realismo tomista se encuentra en la base de la religiosidad cristiana de todos los tiempos y no es, por tanto, un "invento" de Santo Tomás de Aquino, sino que es por él precisado, y por eso lo llamamos "tomista".

Este realismo se encuentra en la base de la enseñanza de Cristo y sus apóstoles. Cuando Cristo habla del Cielo o del Infierno, habla de unas realidades espirituales concretas, precisas y existentes independientemente del sujeto cognoscente, es decir, del hombre. Cuando Cristo enseña sobre los ángeles y los diablos, se refiere a seres espirituales reales, es decir, existentes realmente como naturalezas metafísicas independientes del hombre como sujeto cognoscente.

Este realismo se encuentra en la base del *Credo* de los apóstoles, del *Credo* niceano, etc., es decir, de todos los dogmas de la fe cristiana y de toda la religiosidad cristiana. La fe cristiana supone el realismo metafísico, pues supone la real existencia —independiente

del sujeto cognoscente— de Dios, Creador del universo y de todas las cosas y todos los seres creados por El.

A cualquier persona normal le puede parecer superfluo hablar de esto, pero, desgraciadamente, hoy día, debido a la nefasta influencia de algunas "filosofías", este realismo tomista no solamente está puesto en duda, sino que está completamente abandonado e incluso rechazado, y en su lugar está introducido el subjetivismo que reduce todas las realidades, todo lo existente a puras "categorías" o "conceptos" del pensamiento humano, o, en el caso del existencialismo, a "vivencias", o, en el de algunas fenomenologías, a ciertos "fenómenos", etc., poniendo en duda no solamente la existencia real del alma inmortal, de los ángeles y los diablos, del Cielo y del Infierno, sino hasta la existencia misma de Dios, llegando por este camino hasta lo que se llama hoy "la teología de la muerte de Dios". Y se llega a estas absurdidades una vez olvidado o rechazado el realismo tomista.

Pues bien, la solidez y la seriedad de la religiosidad polaca y su extraordinario florecimiento actual se deben también a este realismo metafísico tomista que se encuentra en la base de la fe cristiana en Polonia.

El pueblo polaco (como también otros pueblos no corrompidos por las falsas "filosofías") es realista, en el sentido de que para él los dogmas de la fe cristiana son realidades, existen objetiva e independientemente del sujeto cognoscente. El obrero o el campesino polaco es tomista sin saberlo, pues lo es por el "sentido común" y no por los estudios. El católico polaco, siendo realista, trata los asuntos de la fe con una extraordinaria seriedad. El pecado es para él una realidad concreta, pues se identifica con el peligro de la condena eterna, con el Infierno; el Infierno es una realidad y como tal es lo que más espanta. La vida correcta, moral, en estado de Gracia, es una realidad, pues se identifica con la salvación eterna, con el Cielo, con la felicidad eterna en la "Casa del Señor", es decir, con lo más deseado, esperado como la misma finalidad última de la vida humana. Dios, la Santísima Trinidad, es una realidad, "lo más real que hay" (pues uno puede dudar más bien de su propia existencia que de la existencia del Ser, gracias al cual uno mismo existe), es

lo único que importa, el único de quien hay que tener miedo y el único a quien hay que amar de todo corazón y servirle con todas sus fuerzas. Cristo es una realidad; no un mito, ni menos un hombre famoso muerto dos mil años atrás, ni un revolucionario modelo, sino Dios, el Verbo encarnado hecho Hombre, real, vivo, presente en el Cielo y, misteriosamente, en su Iglesia y, todavía más misteriosamente, en la Eucaristía: siendo así, no hay nada de extraño en que este campesino, obrero o empleado polaco le adore de rodillas. La Santísima Virgen no es una santa mujer que vivió dos mil años atrás, sino la Madre de Cristo, Hombre-Dios: es decir, la Madre de Dios, en cuerpo y alma llevada al Cielo, vinculada con nosotros, siendo también nuestra Madre, viva, real, presente, amorosamente preocupada por nosotros, por nuestra salvación eterna; la Madre por intermedio de la cual podemos recurrir a Dios.

Este realismo de la religiosidad polaca, desde siglos presente inconscientemente, se ha hecho muy consciente en los últimos años, debido a la despiadada y cruel persecución de la fe cristiana en Polonia por el Gobierno marxista.

Es bien conocida la posición del marxismo frente a la religión: la destrucción completa de *la* religión es la finalidad última de la revolución marxista. El marxismo nació en relación con el problema de la religión (véase Karl Marx: *Zur Judenfrage*), y todo el pensamiento marxista es esencialmente antirreligioso. La lucha contra *la* religión es la única razón de ser del marxismo. La satánica lucha contra *la* religión, y especialmente contra la religión cristiana, es lo esencial en la revolución marxista y en cada régimen marxista; sin esto el marxismo deja de ser marxismo. No hay, pues, nada de extraño en que en todos los países dominados por el marxismo la lucha contra la religión, y ante todo contra la Iglesia, es permanente, despiadada y total, y no puede ser de otra manera. Hacerse ilusiones al respecto es desconocer el marxismo. Si en esta feroz persecución de la religión hay a veces algunos períodos de relativa moderación, eso viene solamente por razones de táctica.

En Polonia, desde que la Unión Soviética impuso ahí por fuerza su Gobierno marxista, la lucha contra la religión es permanente y despiadada, a pesar de que, de vez en cuando, debido a las reacciones

del pueblo, profundamente cristiano, esta persecución tiene sus "altos" y "bajos".

La verdadera situación se ve con claridad en la relativamente reciente declaración al respecto hecha por el ministro de Culto, Kazimierz Kackol, de la cual citamos a continuación algunos extractos:

"Como comunista, combatiré sin descanso la religión y la Iglesia. ... No cedemos en nada, cara a cara con la Iglesia. Ella no tiene derecho a ejercer su culto, sino en los límites del santuario... No permitiremos jamás la educación religiosa de los niños, de la juventud. Nosotros no aceptaremos influencia alguna de la Iglesia sobre la vida cultural y social. No admitiremos jamás la evangelización más allá del templo.

"Extirpar la religión de la conciencia y del pensamiento humanos es un proceso complicado y de larga duración. En ello no caeremos en un retroceso. Debemos evitar todas las agresiones violentas, pues entonces la Iglesia se presentaría como una ciudad sitiada, lo que arriesgaría aumentar su popularidad...; jamás renunciaremos a nuestros principios. Aun cuando como ministro de Estado estoy obligado a sonreír para inspirar confianza, como comunista combatiré sin descanso a la religión y a la Iglesia, desde el punto de vista tanto ideológico como filosófico... (9).

(9) Fragmentos del discurso del 5 de mayo de 1976. El texto completo, en francés, se encuentra en *Documentation Catholique*, núm. de 15 de agosto de 1976. Aquí estamos sirviéndonos del texto español, publicado por *El Mercurio*, de Santiago de Chile, el 7 de septiembre de 1976.

Consideramos como un deber moral recordar que en todos los países dominados por la Unión Soviética la persecución religiosa es, sin interrupción, cruel y despiadada como en Polonia, a pesar de algunos arreglos diplomáticos entre el Vaticano y los respectivos gobiernos. Como un ejemplo ilustrativo nos permitimos citar las recientes informaciones del diario francés *L'Aurore*, respecto a la situación existente en Checoslovaquia:

«A Prague: deux évêques sont en danger de mort, Mgr. Gabris et Jan Krisostomos Korec.

»En quatre ans, Mgr. Gabris accumula, sur la situation des fidèles en Tchécoslovaquie, la lutte antireligieuse qui se poursuivait malgré les accords signés avec le Vatican, des informations précieuses. Il se montra pendant quelques mois déférent à l'égard du parti. Ce qu'il voulait obtenir, c'est l'autorisation de se rendre à Rome au grand synode des évêques venus du monde entier.

»Prague lui donna son visa. C'est à huis-clos que Mgr. Gabris fit,

La lucha contra la fe cristiana está llevada por el Gobierno marxista de Polonia hasta todos los sectores de la vida: hasta las fábricas, las escuelas, las universidades, por intermedio de la prensa, radio y te-

devant les prélats consternés et bouleversés, son rapport secret sur la situation réelle de l'Eglise en Tchécoslovaquie, cette caricature de liberté religieuse, les couvents fermés, l'instruction religieuse interdite, des prêtres d'Etat chassant de leur paroisse les vrais curés, le portrait de Lénine ajouté à celui du Christ dans les sacristies, etc. Mgr. Gabris révélait la fourberie des autorités tchécoslovaques, l'énorme duperie de ce concordat illusoire avec Prague. Il était le témoin numéro un d'une Eglise condamnée à mort. Son rapport fit une impression considérable sur le synode et allait coûter cher au malheureux prélat. Car dans les heures qui suivirent, son rapport ultra secret se retrouva sur le bureau des dirigeants de Prague et de la police. Par quelle fuite? On ne le saura sans doute jamais.

»Le lendemain de son retour à Trnava, il fut agressé par une dizaine de miliciens déguisés en voyous. L'attentat classique dans les pays de l'Est.

»Grièvement blessé, transporté dans un hôpital, il fut en fait escamoté dans une "maison de repos" de la police secrète, ou il fut drogué, subit des interrogatoires. Prisonnier depuis dix mois dans une chambre dont le second lit est occupé par un policier qui le surveille en permanence, Mgr. Gabris risque de ne pas sortir vivant de cette épreuve.

»Quand à Mgr. Korec, évêque à 27 ans, le plus jeune de l'Eglise, il célébrait clandestinement, aidant les Juifs persécutés. Traqué, arrêté en 1960, Mgr. Korec fut condamné à douze ans de prison à l'issue d'un procès qui dura trente minutes. Libéré et réhabilité par Dubcek dans les premiers jours du "Printemps de Prague", Mgr. Korec fut reçu, au Vatican, par un Paul VI bouleversé qui l'embrassa par deux fois et lui remit, cette fois officiellement, les insignes de sa charge, la croix pectorale.

»L'invasion russe, la chute de Dubcek refirent de lui un clandestin. Arrêté à nouveau en 1974, Mgr. Korec est condamné à quatre ans de prison. On le libère quelques mois plus tard. Geste humanitaire? Pas le moins du monde. Ses séjours dans les prisons communistes ont fait de lui un tuberculeux, gravement atteint. On chasse le prélat malade, pour qu'il aille mourir dans la rue. Toute assistance médicale lui est refusée. Cet évêque consacré n'a pas le droit d'exercer. Il est "défroqué" d'autorité par l'Etat. Sera-t-il autorisé à gagner le Vatican? A 54 ans, rongé par la fièvre, réduit à un état squelettique, il cherche en vain du travail pour survivre. Mais ses papiers portent le caché infamant: "détenu politique".

»Toutes les portes se ferment. Les gens ont peur. Atroce calvaire du prélat devenu paria: il travaille comme emballleur, porteur de colis dans une usine chimique et, finalement, comme portefaix à la gare de marchandises de Bratislava. C'est là que l'un de ses anciens fidèles le découvre, exténué, grelottant de fièvre, pesant dans les 40 kg.» *L'Aurore*, 21 juillet 1978.

levisión, en cualquier ocasión y oportunidad; es sistemática, programada, permanente, penetrando incluso en la intimidad del hogar.

Contra este ataque del ateísmo y materialismo marxistas, el clero de Polonia, saliendo en defensa de la fe, tiene una tarea dura y difícil, en la cual la mejor arma resultó ser el tomismo. Es gracias a su formación tomista en los seminarios y en las facultades de Teología que el clero de Polonia está capacitado para hacer frente a todos los ataques del ateísmo militante. Es en esta lucha diaria, "cara a cara" (como dice el mismo ministro de Culto, arriba citado), con el enemigo de Dios, que el realismo tomista —ahora ya en la forma elaborada, científica, como un arma intelectual, usada por el clero en las polémicas de cada día y de cada ocasión— se difunde entre todos los fieles, penetrando en todos los ambientes, incluso los más sencillos de obreros y campesinos. De esta manera, el pueblo polaco, que siempre ha tenido una mentalidad realista, en esta dura lucha diaria defendiendo su fe cristiana, se hace "tomista" en el más estricto sentido de la palabra, pues ya lo es conscientemente, por el estudio y formación intelectual, afirmándose en el realismo metafísico.

En esta permanente guerra intelectual en defensa de la fe, todas las otras filosofías demostraron su completa inutilidad, e incluso se ha hecho evidente que sólo sirven al enemigo, pues siembran confusión y debilitan la fe. Únicamente el realismo aristotélico-tomista resultó ser eficiente y operante.

3. El culto mariano

Gracias a Dios, el culto mariano está bien extendido en todos los pueblos cristianos, y con gran alegría podemos constatar que entre todas las naciones cristianas existe una laudable competencia al respecto, y sólo Dios y la Santísima Virgen saben quien la gana, pues en estos asuntos no basta tomar en cuenta las manifestaciones externas, sino, ante todo, la intimidad del corazón humano, la cual es inaccesible para los hombres. No pretendemos aquí, pues, hacer comparación entre el culto mariano polaco y el de otros pueblos, sino

sólo quisiéramos señalar algunas de sus principales características, pues a ellas se debe, en gran parte, el actual florecimiento de la fe en Polonia.

En primer lugar, hay que recordar que el culto mariano en Polonia es sumamente antiguo, pues data del primer día de la presencia del cristianismo en este país. Desde el año de su bautismo, en 966, Polonia es un país mariano. Su primer himno nacional es el canto a la Madre de Dios, la *Bogurodzica*, cantado durante toda la historia hasta hoy. Es en este culto mariano donde se perfila, a lo largo de los siglos, la religiosidad del pueblo polaco.

En segundo lugar, el culto mariano en Polonia se presenta como parte integral de la religiosidad polaca; no es algo agregado, algo decorativo o accidental, sino que está esencialmente vinculado con la totalidad de la fe, e incluso se puede decir que toda la religiosidad polaca es mariana y que el culto de la Santísima Virgen constituye lo esencial del cristianismo en Polonia (lo que explica también por qué en Polonia el protestantismo nunca ha tenido aceptación), no en el sentido de que la Santísima Virgen María ocupe el principal lugar (pues esto sería ya erróneo), sino en el sentido de que a través de la devoción mariana se adora a la Santísima Trinidad. Es por intermedio de la Virgen María que el alma polaca se dirige a la Santísima Trinidad y penetra en su misterio. El centro y la última finalidad de este culto mariano polaco no es la Santísima Virgen, sino la Santísima Trinidad. Es por la meditación de los misterios de la vida de la Virgen María que el pueblo polaco llega a contemplar el misterio de la vida de Dios Uno y Trino. El dogma de la Santísima Trinidad es lo esencial en el cristianismo; es el dogma central, pues todos los demás dogmas derivan de él o llevan a él. También la principal diferencia entre el cristianismo y las otras religiones la constituye el dogma de la Santísima Trinidad; pero también es el más inaccesible para el hombre, pues es el más misterioso. Pues bien, nada nos acerca tanto a la Santísima Trinidad que el culto de la Madre de Dios. Cuando meditamos los acontecimientos de la vida de la Virgen María, entramos de lleno en los misterios de la Santísima Trinidad. Es muy sofisticado y muy lejos de la realidad sostener que el hombre siempre es capaz de convivir directamente con Dios. Es

mucho más real, práctico y psicológicamente verdadero que el hombre se acerca más fácilmente a Dios por intermedio de la Santísima Virgen, pues Ella, siendo un ser humano como todos nosotros, es más cercana a nosotros, y por eso puede desempeñar el rol de intermediaria entre nosotros y Cristo, Hombre-Dios, su Hijo. Esto, instintivamente, lo siente el pueblo polaco, y de ahí su espontánea y llena de confianza devoción a la Santísima Virgen.

En tercer lugar, este culto mariano polaco es profundamente teológico, y así lo ha sido siempre, pues nunca se ha limitado a lo sentimental. En los últimos cincuenta años, este aspecto teológico se ha profundizado de una manera extraordinaria, primero gracias al beato Maximiliano Kolbe, y, después, gracias al arzobispo Stefan Wyszynski, cardenal primado de Polonia.

Maximiliano Kolbe, recientemente beatificado por el Papa Pablo VI, era un excepcional apóstol del culto mariano, tanto en Polonia como también en otros países (Japón), en la época entre las dos guerras mundiales. Él es el autor de una muy original y muy profunda teología mística mariana, que divulgaba en todos los ambientes sirviéndose de su publicación *Rycerz Niepokalanej* (El caballero de la Inmaculada).

Después, terminada la segunda guerra mundial, providencialmente aparece en Polonia un nuevo apóstol "fanático" del culto mariano: el cardenal primado Stefan Wyszynski. Esta vez también se trata de un culto profundamente teológico. En realidad, desde el punto de vista de la teología mariana, él no aporta nada de nuevo, pues en la Iglesia esta devoción es conocida desde los tiempos de los Apóstoles, después expuesta con claridad por los Padres de la Iglesia, especialmente por San Agustín (*Expositio cantici Magnificat*) y ante todo por Santo Tomás de Aquino (de ahí que constituya una parte integral del tomismo) y, al final del siglo XVII, recordada, renovada y vulgarizada por San Luis María Grignon de Monfort (1673-1716), quien enseñó a hacerse voluntariamente esclavo de la Santísima Virgen. Pero es presentada por el cardenal primado Wyszynski con tan extraordinaria belleza y atracción seductiva, que de inmediato cundió en todos los ambientes, especialmente entre los obispos y los sacerdotes. Es precisamente el actual Papa, Juan Pablo II, quien se hace

uno de los más fervientes y devotos apóstoles de este culto y quien, como una expresión externa de su completa entrega en las manos de la Madre de Dios, pone en su escudo episcopal, siendo arzobispo de Cracovia, las palabras: *Totus tuus*.

CONCLUSIÓN

Así, vemos que el actual florecimiento de la fe en Polonia se debe, ante todo, al carácter "tomista" de la religiosidad polaca. Esta religiosidad es "tomista", pues conscientemente y con fidelidad acata el orden de Cristo de respetar el principio *Nova et Vetera*, de apertura a los nuevos tiempos y de fidelidad a la Tradición, lo que es la posición tomista. Siendo la religiosidad polaca fiel al principio *Nova et Vetera*, es fiel al Concilio y a la Tradición, admitiendo las reformas posconciliares sólo dentro del proceso de cambio limitado a lo accidental y guardando intacto lo sustancial, el *Depositum Fidei*. Es una religiosidad "tomista" también por el hecho de que su fe está basada sobre la roca del realismo metafísico aristotélico-tomista y porque esta religiosidad es esencialmente mariana.

El Papa Juan Pablo II —siendo uno de los hijos más representativos de esta religiosidad polaca, y siendo también uno de los que, trabajando junto al cardenal primado Wyszynski, más contribuyó, con su fervor apostólico, al florecimiento de la fe cristiana en Polonia— es el hombre providencial capaz de extender este proceso de verdadero renacimiento posconciliar de la fe cristiana a toda la Iglesia.